

XIX

EL ALFILER DE VENECIA

Al día siguiente, el castillo de Chevreloup fué invadido por un ejército de obreros encargado de ponerlo en estado de recibir á los numerosos invitados que debían asistir á la fiesta que daba la marquesa de Coislin.

Así es que por toda la antigua morada reinaban un ruido y un movimiento incesantes que rompían el silencio y la calma ordinarios.

El espectáculo de todos estos preparativos, que tanto hubieran regocijado dos días antes al caballero Zeno, era, en cambio, ahora, para él objeto de inmenso disgusto, pues sabía que pocas horas después Luisa iba á ser presentada al rey y que contra más brillante fuese el cuadro en que ésta apareciese, tanto más se destacaría su belleza é impondría al monarca.

De donde deducía — ignorando la reclusión de

Blanca en la casita de la calle de Saint-Médéric y la violenta pasión que había inspirado á Luis XV — que el soberano, subyugado por los encantos de la señorita de Moutier, querría en seguida convertirla en pasatiempo suyo.

Pero, ahora más que nunca, estaba resuelto á salvar de esta abyección á su hija, aunque tuviera que ser el resto de sus días más miserable que el último pordiosero.

Mas ya que estaban tan adelantadas las cosas, ¿cómo llegar á fraguar los proyectos de la señora de Coislin, que tanto contaba con ellos para destronar á la Pompadour.

Además, qué iba á decir á Luisa, á quien, sin poderlo impedir él, había indicado la marquesa su intención de que tomase parte en la fiesta; lo cual, dicho sea entre paréntesis, había proporcionado gran alegría á la muchacha, privada como estaba de diversiones mundanas, y sin reflexionar que, para una enferma, era algo raro el tratamiento que la hacían seguir.

¿Habría que confesarle brutalmente las infames esperanzas que se tenían de su presentación al rey?

Hasta entonces, no se sentía Zeno con fuerzas para ello; si tenía que llegar á esa confesión, la haría en último caso.

Encerrado todo el día en su cuarto, — del que había excluído á su fiel compatriota y criado Agricola, — meditaba, pues, acerca de los medios de escapar á la desgracia que le amenazaba; pero en su cerebro no

surgía ninguna idea práctica, é iban ya á dar las seis sin que aun hubiera decidido nada, cuando supo que la marquesa, que había pasado la tarde en Versalles y París para repartir sus invitaciones, acababa de volver al castillo.

Entonces, tomó súbitamente una resolución : la de hacer conocer la verdad á su cómplice y demostrarle así la enormidad del crimen que iba á obligarle á cometer.

Con ese objeto, pasó sin más tardar á las habitaciones de la castellana.

La encontró nerviosa, agitada, cual si estuviera bajo la emoción de fuerte contrariedad.

— Llega usted á tiempo, caballero — le dijo al verle — porque iba á mandar llamar por Agricola. Tengo que comunicarle cosas muy importantes.

— Yo también, señora — replicó Zeno — y esto es lo que me trae aquí.

— ¡ Usted también ! ¿ qué es, pues ? — preguntó la Coislin.

Luego, inquieta al notar la tristeza impresa en las facciones de su interlocutor, añadió :

— ¿ Habrá ocurrido algo grave á Luisa, durante mi ausencia ?

— Nada.

— ¡ Ah ! ¡ bueno ! Es que al ver su aire sombrío, estaba inducida á creerlo : y eso hubiera sido triste, en vista de que nunca nos hace ella tanta falta como ahora. Vamos, hable usted : ¿ de qué se trata ? Luego le explicaré lo que tenía que decirle.

— Se trata de que no puede hacerse la presentación de la señorita de Moutiers á Luis XV.

— ¿ Eh ? exclamó la marquesa, creyendo no haber oído bien. — ¿ Dice usted ?...

— Digo que ya no es posible hacer desempeñar á la pobre muchacha el papel que la reservábamos.

— ¡ Ah ! ¡ vaya una novedad ! — dijo con sorna la milanese, dejándose caer en una butaca. — ¿ Quiere usted explicarme el motivo de esa imposibilidad ?

— Es un descubrimiento que acabo de hacer en ella y que modifica por completo su situación respecto de nosotros... ó, mejor dicho,, respecto de mí.

— Explíquese, caballero... no entiendo nada de lo que me cuenta.

— He aquí : he adquirido la convicción de que Luisa tiene conmigo lazos de parentesco... muy íntimos.

Al oír tan singular aserto, la marquesa miró á Zeno con aire estupefacto, tratando de ver en su fisonomía si no bromeaba.

Y pronto tuvo que convencerse de que hablaba muy seriamente.

— Lazos de parentesco tan estrechos — continuó el italiano — que sería difícil estrecharlos más... En una palabra, es hija mía.

— ¡ Hija suya ! — exclamó la Coislin, que creía que se volvía loco.

— Sí, señora, hija mía — repitió con voz grave.

— Caballero — gruñó la marquesa — una de dos : ó tiene usted trastornado el juicio, lo cual lamento por

usted, ó se está burlando de mí, lo que me desagrade soberanamente.

— Ni una cosa ni otra, señora, y voy á demostrarle que lo que digo merece entero crédito.

Entonces contó el veneciano cómo, diez y ocho años antes, por muy embajador que fuese, se había enamorado de una obrerita llamada Marina Moutier, de la cual había abusado, y que, cuando los acontecimientos le obligaron á marcharse de París y á abandonarla, llevaba ella en su seno el fruto de su amor.

— Ahora bien — añadió, — ayer, al examinar las facciones de Luisa, á quien acababan de traer, — lo cual pude hacer detenidamente durante su sueño, — saltóme á la vista su extraordinario parecido con Marina, y en seguida me sentí atraído hacia ella por un interés muy particular.

Al despertarse, la interrogué mañosamente acerca de su origen, de sus relaciones, de su apellido, y adquirí la convicción de que era hija de mi antigua víctima.

Ya comprenderá usted, pues, que esa niña no puede servir ahora á nuestros proyectos.

— Querido Zeno — repuso la señora de Coislin que había escuchado con una sonrisa guasona al caballero — su historia es graciosa de verdad, y ha errado usted por completo la vocación. Con la fértil imaginación que posee, hubiera podido ser un novelista fecundo.

— Desgraciadamente, esto no es novela; los sucesos que le relato no pueden ser más reales.

Y entró en nuevos detalles relativos á su conver-

sación con Luisa, así como á las deducciones exactas que de ella había sacado.

Pero la marquesa no parecía convencerse.

— Sostengo lo dicho — replicó ésta — tiene usted una imaginación muy inventiva y debería llevar ese asunto á la señora Cottin, la escritora de moda, que hallaría seguramente en él materia para una obra emocionante.

— Búrlese si gusta, señora, y niéguese á creermelo. Sea lo que fuere, se lo repito, no debe contar ya con Luisa para asegurar la ejecución de sus deseos.

— Señor Zeno — dijo la señora de Coislin — es usted, en verdad, cándido ¿cree que así, sin más ni más, por una chifladura que le pasa por el cerebro, voy á abandonar la partida que estoy jugando ahora?

— No le digo que la abandoné, lo único que la ruego es que la juegue con otra persona y no con Luisa Moutier.

— ¡Ah! ¿cree usted que puedo andar eligiendo?

— ¿Por qué no?

— ¿Por qué? ¡Vaya una pregunta!... Va usted á saberlo. Hoy, antes de volver á Chèvreloup, he ido á la calle de Saint-Médéric, á fin de conocer mis probabilidades de éxito. Quería enterarme por la Bertrand que, como usted sabrá, está también á sueldo mío, si el corazón del rey estaba disponible ó, á lo menos, si no estaba ocupado más formalmente que de costumbre. Y, ¿á que no acierta usted lo que me ha dicho?

Y como el caballero diese á entender por señas que no lo acertaría, añadió ella:

— ¡Pues bien! y esta es la cosa importante que tenía que comunicarle — me ha dicho que la Pompádour acababa de introducir en el Parque de los Ciervos á una joven de maravillosa belleza, de la que Luis XV se ha enamorado al instante y á la cual debe traer esta noche á mi baile.

¿Cree usted todavía que pueda aplazar, aunque sólo sea un día, la tentativa que voy á hacer con la señorita Moutier para reconquistar el favor del rey?

— Comprendo, señora, que esté usted apurada; pero, ¿qué puedo hacer yo? La casualidad nos ha servido mal á los dos, poniendo en nuestras manos á la única persona á quien está vedada la misión de que se trata.

— Si es esa su opinión, no lo es la mía. Al contrario, yo creo que Luisa es la única persona capaz de cumplir esa misión y de asegurarnos la victoria, eclipsando, por la perfección de sus encantos, los de la nueva reclusa del harén real.

— ¡Pero no le digo que es mi hija!... — replicó Zeno, á quien empezaba á dominar la cólera. — Lo oye usted: ¡mi hija!...

— ¡Vamos! está usted loco, rematadamente loco. Lo que me cuenta de esa niña carece de todo sentido, y sólo quiero ver en ello uno de esos arrebatos de paternidad comunes á los solterones que, casi siempre, hacia los cincuenta años — precisamente su edad — acaban por descubrirse un hijo que vaya por el mundo, supuesto fruto de un antiguo enredo.

Además, aunque realmente fuese usted padre de Luisa, ahora es ya demasiado tarde para retroceder. En

semejante caso, yo sacrificaría á mi propia hija, si tuviese alguna. Pero no tengo, gracias á Dios, y mi conciencia está tranquila ante la aventura que pienso verse cumplir, ya que usted mismo ha sido el instigador de esta idea.

Pronunció estas últimas palabras con amargo sarcasmo.

— Ahora — prosiguió, — déjeme, caballero, y sírvase avisar á la señorita que deseo hablarla. Tengo que hacer que la prueben el disfraz que debe ponerse esta noche y que es igual al que traerá la nueva conquista del rey.

He pedido su descripción exacta á la Bertrand, para combatir con armas iguales, y, con esas indicaciones, he ido yo misma á buscarlo á casa de Capelle, sastre de la corte, que, según la Bertrand, tenía varios disfraces iguales.

Aquí está, en esta caja. Es un traje completo de Georgiana, vestido muy de moda actualmente y que le sentará muy bien.

Vaya, pues, pronto, querido Zeno; tengo ganas de verla con este disfraz.

— ¿De modo, señora, — dijo el veneciano, — que, á pesar de cuanto acabo de decir, persiste usted en emplear á Luisa como instrumento para seducir al rey?

— ¿Pero no me ha entendido usted? — exclamó, malhumorada la marquesa. — Sin embargo, creo haberme explicado claramente. Le repitió que, en razón de lo que me ha dicho la « abadesa del convento de amor », es preciso que juegue yo hoy mismo mi par-

tida, de lo contrario, todo está perdido. De donde se deduce, que no tengo tiempo para buscar una reemplazante á Luisa. Me parece que esto es bastante claro.

— Tan claro, señora, que ahora veo lo que debo hacer — declaró el caballero rudamente.

— ¡Toma! Esperar los acontecimientos.

— No, señora. Nada de eso. Debo ir á revelar á la señorita Moutier la horrible maquinación de que va á ser víctima y ponerla en guardia contra usted.

— ¿Se atrevería usted á hacer eso? — exclamó la marquesa, levantándose de pronto con las pupilas inflamadas.

— Ya lo creo, y ahora mismo. Al descubrir á usted ante ella — dijo con tristeza — me descubro á mí mismo, ya lo sé; puesto que tendré que confesarle mi complicidad en esta maquinación; pero — añadió alzando los ojos hacia el cielo, — cuando menos, la salvaré... y esto es lo esencial.

— ¡*Diavolo!* — juró la Coislin, que, á veces, cuando se encolerizaba, recobraba el lenguaje plebeyo, — yo sabré impedirselo.

— ¡Bah! ¿y cómo? Aquí estamos los dos solos. Voy á encerrar á usted con llave en este cuarto, y, antes de que sus criados tengan tiempo de venir á libertarla, yo tendré el de decírselo todo á la niña.

Al hablar, el caballero había operado un principio de retirada hacia la puerta, pero sin dejar de hácer frente á la marquesa.

— Por última vez, — le preguntó — ¿quiere usted renunciar á sacrificar á Luisa?

La señora de Coislin veía el peligro y buscaba un medio de conjurarlo. En la resuelta actitud de Zeno, no dudaba que éste haría lo que decía; y, en ese caso, perdía ella completamente la partida.

— ¿No me contesta usted? — añadió el caballero; — eso es señal de que su resolución es inquebrantable. Peor para usted, ¡no lo es menos la mía, y Luisa va á saberlo todo!

Esperó todavía un segundo, creyendo que la marquesa se decidiría al fin á tomar otra determinación; luego, viendo que continuaba en silencio, giró rápidamente sobre sus talones y dirigióse á la puerta.

Ya la había abierto y se disponía á salir, pensando cerrarla tras sí antes de que la señora de Coislin se opusiera, cuando, de repente, sintió un profundo dolor en la nuca, como si una punta aguda le hubiera atravesado la carne, al mismo tiempo que notaba embrollársele las ideas en el cerebro y que un frío mortal le helaba la sangre en las venas.

Por un esfuerzo desesperado, trató de reaccionar contra el aniquilamiento que le invadía; pero fué en vano. Las fuerzas le abandonaron de repente y cayó al suelo, en donde permaneció inerte á los pies de la marquesa, que tuvo que retroceder para evitar el choque de su cuerpo.

Era ella, en efecto, la que acababa de detener á Zeno en su carrera.

Viéndole dispuesto á desaparecer y no sabiendo cómo retenerle, no había titubeado en acudir á un medio extremo, el único que tenía á su disposición.

Armada de un largo y grueso alfiler de oro en forma de estilete, que había sacado de su cabellera, en donde servía de adorno, había saltado precipitadamente contra él y se lo había clavado en el cuello, en el primer sitio que tuvo á mano.

Al proceder de aquel modo, no tenía intención más que de herir al caballero, con objeto de retrasar su salida del cuarto y de tener tiempo para cerrarle el paso de cualquier manera, pero no pensaba quitarle la vida.

Por eso, al ver al desgraciado tendido ante ella inmóvil y sin aliento, se quedó petrificada de espanto.

No podía ella creer que su acción tuviese tal resultado.

Durante un minuto largo, quedóse inmóvil con la mirada fija en el rostro del veneciano, cuyas facciones iban tomando poco á poco espantosa rigidez.

— ¿Lo habré matado? — se preguntaba con angustia y sin atreverse á asegurarse por el tacto de si estaba realmente muerto.

En fin, reuniendo todo su valor, agachóse y púsole la mano en el corazón.

No sintió latido alguno.

— ¡Ya no es más que un cadáver! — exclamó, levantándose aterrorizada.

Pero, en vez de abatirla, esa observación le devolvió al instante toda su presencia de ánimo.

Comprendía la crítica situación en que se hallaba y vislumbraba las terribles consecuencias que podría acarrearle, si llegaba á descubrirse.

Hacia, pues, falta, á todo trance, que se ignorase esa situación.

Entonces, apresuróse á cerrar la puerta por dentro, de modo que nadie pudiera ir á sorprenderla.

Luego, hecho esto, inclinóse de nuevo contra el cuerpo para retirar el alfiler de la carne y hacer desaparecer así la prueba de su crimen.

Cuando hubo terminado esa operación, notó que la herida era imperceptible y que no producía sangre; pues apenas si había una gotita en el orificio.

— Ni aun el mismo alfiler estaba tinto en rojo; sólo lo cubría una ligerísima capa de serosidad.

— ¡Qué raro es esto! — pensó la señora de Coislin. — Iba yo á explicarme tan repentino fin por la perforación de una arteria del cuello y la hemorragia interna que la hubiera acompañado; y veo que no hay nada de eso. Más vale así, en medio de todo. La sangre, aunque derramándose por dentro, siempre hubiera asomado algo al exterior, ora por la boca, ora por las narices y así hubiera revelado la causa de la muerte; mientras que, de este modo, los cabellos ocultan el pinchazo y es imposible descubrirlo.

Segura entonces de no ser acusada del asesinato de Zeno, la marquesa pensó anunciar inmediatamente su fallecimiento, que ella diría haber ocurrido de repente, mientras conversaban juntos; pero reflexionó en que eso sería arrojar la tristeza en medio de la fiesta que se preparaba, y decidió esperar al día siguiente para hacerlo.

Como hasta entonces no podía dejar el cuerpo en

donde estaba, pensó esconderlo en algún lugar donde nadie pudiera verlo. Al día siguiente lo volvería á colocar en aquella misma habitación para hacer verosímil lo que pensaba decir.

Detrás de su cuarto había un espacioso gabinete oscuro al que había convertido en oratorio, donde nunca entraba nadie más que ella. Porque, á pesar de su conducta más que ligera, se entregaba á ejercicios piadosos que, á veces, cuadraban mal con su modo de vivir. Así es que, á menudo, la *Santa-Virga*, cuya imagen coronaba su reclinatorio, la oía solicitar su socorro para cosas muy poco edificantes; y aun la víspera, había acudido allí para rogarla que sacara con bien, según sus deseos, la infame combinación que había concebido.

Fué, pues, su oratorio el sitio que escogió para librar el cadáver del caballero de todas las miradas indiscretas.

Para ello, cogió á éste por los pies, lo arrastró hasta el gabinete á través del cuarto y fué á colocarlo en el rincón más oscuro. Luego, salió, cerrando cuidadosamente la puerta del oratorio.

Esa tarea la había ejecutado con la mayor sangre fría, como si se tratara de una cosa muy natural.

Á su primer espanto había sucedido completa tranquilidad.

Ya se acostumbraba á su crimen.

Por otra parte, se lo absolvía del todo, pensando que había sido involuntario y que se debía achacar á la fatalidad.

Y por eso, no estaba alterada su voz cuando, momentos después, ordenó á su doncella, que acudió al oír un campanillazo, que fuese á suplicar á la señorita de Moutier que viniese donde ella estaba, para probarse el vestido de baile.